

El gesto que fue tan luminoso en Emaús

Meditación, 21 de abril de 1966

Ese mismo día, dos de los discípulos iban a un pequeño pueblo llamado Emaús, situado a unos diez kilómetros de Jerusalén. En el camino hablaban sobre lo que había ocurrido. Mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió caminando con ellos. Pero algo impedía que sus ojos lo reconocieran. Él les dijo: "¿Qué comentaban por el camino?". Ellos se detuvieron, con el semblante triste, y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: "¡Tú eres el único forastero en Jerusalén que ignora lo que pasó en estos días!". "¿Qué cosa?", les preguntó. Ellos respondieron: "Lo referente a Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo, y cómo nuestros sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para ser condenado a muerte y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que fuera él quien librara a Israel. Pero a todo esto ya van tres días que sucedieron estas cosas. Es verdad que algunas mujeres que están con nosotros nos han desconcertado: ellas fueron de madrugada al sepulcro y, al no hallar el cuerpo de Jesús, volvieron diciendo que se les habían aparecido unos ángeles, asegurándoles que él está vivo. Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y encontraron todo como las mujeres habían dicho. Pero a él no lo vieron".

Jesús les dijo: "¡Hombres duros de entendimiento, cómo les cuesta creer todo lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías soportara esos sufrimientos para entrar en su gloria?" Y comenzando por Moisés y continuando con todos los Profetas, les interpretó en todas las Escrituras lo que se refería a él.

Cuando llegaron cerca del pueblo adonde iban, Jesús hizo además de seguir adelante. Pero ellos le insistieron: "Quédate con nosotros, porque ya es tarde y el día se acaba". Él entró y se quedó con ellos. Y estando a la mesa, tomó el pan y pronunció la bendición; luego lo partió y se lo dio. Entonces los ojos de los discípulos se abrieron y lo reconocieron, pero él había desaparecido de su vista. Y se decían: "¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?". En ese mismo momento, se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén. Allí encontraron reunidos a los Once y a los demás que estaban con ellos, y éstos les dijeron: "Es verdad, ¡el Señor ha resucitado y se apareció a Simón!". Ellos, por su parte, contaron lo que les había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan¹.

Digámosle a Jesucristo nuestra adoración, nuestro amor, nuestra gratitud, nuestro gozo con su gozo pasqual; en primer lugar, por lo que tiene de gozo para Él por su triunfo; y también por lo que tiene de gozo, de seguridad, de fundamento para nuestra vida y para la de todos los cristianos.

El texto comienza con la marcha de estos dos discípulos cuando salen de Jerusalén. También nosotros, Jesús, tenemos alguna experiencia de lo que a ellos les pasa. Sabemos qué son las penas, los estados de incertidumbre, de decaimiento. Pero en nosotros son mucho menores que en los discípulos o deberían serlo, porque la desesperanza o la incertidumbre jamás pueden llegar a lo

¹ Lc 24,13-35

más profundo de nuestra alma, donde se asienta siempre nuestra fe y nuestra confianza en Ti, el Señor resucitado.

La gran diferencia entre aquellos discípulos y nosotros, es que ellos todavía dudan de tu resurrección y nosotros, en cambio, estamos ciertos por la fe.

Al dudar de tu resurrección, dudan de todo lo que durante tu vida pública les has dicho y prometido; de todo tu mensaje, de lo que has hablado del Padre, de Ti mismo y del Espíritu Santo, del mundo presente y de la vida futura. Con tu muerte en la cruz esa cosmovisión nueva que recibieron se les viene abajo, como lo dicen: esperábamos que salvara a Israel, pero han pasado tres días desde su muerte y dudamos, no obstante lo que las mujeres hayan dicho, dudamos; más bien nos inclinamos a que no ha pasado nada.

¡Cómo tiene que hacernos reflexionar sobre el don inmenso de tu resurrección, la predicación de los Apóstoles y de la Iglesia, y nuestra fe en ella! ¡Cómo cambia radicalmente nuestra vida! Cómo todo lo malo que pueda ocurrirnos en la tierra –nos lo dice San Pablo– no es comparable a la gloria futura que esperamos y de la cual estamos absolutamente ciertos, precisamente por el hecho de tu resurrección.

Desde que viniste al mundo, Jesús, el sentido griego de la tragedia, es decir, del mal inexorable que se abate sobre un hombre y no tiene remedio, ni recompensa, ni tiene sentido, esa visión cambió totalmente porque todo lo de aquí abajo tiene su contrapartida y su rectificación en la

vida eterna del cielo. Desde tu encarnación y desde tu resurrección, la desesperanza, la angustia, la náusea y todos esos estados psicológicos del mundo contemporáneo —tan llevados y traídos por la psicología, la literatura, los medios de comunicación, y los modos de vida y el clima— todo eso, ya no debería existir en un alma cristiana ni en el seno de una sociedad cristiana.

Te agradecemos, Jesús Nuestro, la seguridad de la fe; el haber vivido siempre en esa persuasión que nos borra la peor incertidumbre que se puede tener en la tierra: la duda acerca del sentido mismo de la vida, acerca del más allá, acerca de Dios y de nuestras relaciones con Él.

Y cuando los dos discípulos se angustian en esa incertidumbre de la duda, Tú, Jesús, te les acercas. ¡Qué lindo es contemplarte en tu nuevo estado, el que tienes después de la Resurrección!

Si siempre dejas entrever el misterio, si siempre ante tu presencia física es posible tener conciencia de tu trascendencia, de estar tocando lo divino y de encontrarse frente a una punta cuyo otro extremo está muy lejos, cuánto más habrá sido lo propio de tu estado después de la Resurrección: tu materia espiritualizada fue mucho más sacramental. Dios, la trascendencia, el claroscuro del misterio divino se hacen mucho más patentes, tanto que estos hombres limpios y rectos, incapaces de descubrirte con sus ojos y con su inteligencia, sin embargo, experimentan tu presencia en su corazón, que sienten arder cuando te les pones al lado y comienzas a hablarles.

Y en seguida, Señor –bondadoso con ellos y bondadoso con nosotros, que íbamos a recibir esta lección del Evangelio–, empiezas a explicarles cómo es necesario que, por el camino del dolor y del sufrimiento Cristo sea el Redentor y Salvador y triunfe sobre el pecado y el demonio, para la gloria de Dios y la salvación de los hombres.

¡Qué importante es, una vez más, esta lección! Qué necesidad tenemos de convencernos que no es posible en el orden sobrenatural, ni en la verdad profunda de los hechos, de las cosas y de los resultados, no es posible la victoria, la gloria de Dios, la salvación del hombre, sino por el camino del dolor y de la cruz; ahora una cruz más liviana porque compartida contigo, y también más aceptable porque cimentada y sostenida por la esperanza de la resurrección y de la luz. Acerca de tu cruz, la tradición cristiana acuña la expresión: *per crucem ad lucem*, por la cruz a la luz.

Cuando les explicas, ellos entienden y sienten amor y gratitud por Ti pero sin reconocerte. Sin embargo, no te dejan seguir de largo, sino que te hospedan en su casa, y entonces te les revelas definitivamente, les muestras quién eres, les das la certeza maravillosa de tu Resurrección, que confirma toda la verdad de tu mensaje y de tu Persona, y de que en esa verdad queda afincada y fundamentada nuestra vida. Con tu gesto de partir el pan les das seguridad porque te presentas como el Señor vivo y resucitado.

¡Qué lindo este gesto tuyo, Jesús, en esta época que tanto olvida la Eucaristía! A esas almas rectas te mostraste en el momento de partir el pan.

Que nuestro encuentro, Jesús, en la Eucaristía, cuando a través del sacerdote reproduzcas el gesto que fue tan luminoso en Emaús, nos traiga tu alegría, tu luz, tu fortaleza, tu sostén, con toda la fuerza que tiene el saberte junto y dentro de nosotros, apoyándonos, conduciéndonos por el camino de esta tierra para guiarnos hacia la vida eterna.

Que este tiempo pascual con su propia sacramentalidad afiance, Jesús, nuestra fe en tu resurrección y nuestra comunicación directa contigo por la Eucaristía y haga crecer nuestra alegría, nuestra confianza, nuestra fuerza, nuestro vigor, también el necesario para sostener, levantar, y en tantos sentidos ayudar a los demás.

Quédate con nosotros, te pedimos, Jesús, en este momento, como los discípulos de Emaús: quieres seguir viaje pero los complaces aunque ignoran todavía tu filiación. Quédate con más razón con nosotros que te conocemos y que, en nuestra modestia, te queremos amar y recibirte, no en una casa de piedra como la que ellos te ofrecieron; sino en la morada de nuestro corazón, de nuestra inteligencia, de nuestra voluntad, de todo nuestro cuerpo y alma, para que en nosotros vivas y a través de todo nuestro ser te expreses, te comuniques y te des, y así adquieras nuevas moradas en los hombres y en las cosas.

Gracias, Jesús Nuestro, hasta otro momento. Quédate siempre, activamente siempre, gozosamente y fuertemente siempre, quédate con nosotros.